

entonces, él, poeta verdadero, aunque en un género que los preceptistas declaran inferior, sintiese su enorme superioridad, y con justa arrogancia exclamase :

*Illa, tamen, laudant omnes, mirantur, adorant ;
Confiteor: laudant illa, sed ista legunt.*



CAPÍTULO II.

DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN LOS PADRES DE LA IGLESIA
ESPAÑOLA.—SAN ISIDORO.



OMIENZA la trasformación del arte antiguo, en el presbítero español Cayo Vecio Aquilino Juvenco, tenido generalmente, aunque no con entera exactitud, por el más antiguo de los poetas cristianos. En los cuatro libros de su *Historia Evangélica* sigue paso á paso, y no sin elegancia de estilo, el texto de los Evangelistas, salpicándole con reminiscencias de factura virgiliana. El prefacio, notable por la alteza de su estilo, muestra que Juvenco, no libre todavía de cierto amor pagano á la gloria, sentía toda la magnitud de su empresa, y saludaba alborozado la aurora de la nueva poesía, bautizada en el Jordán, exaltada en el Tabor y triunfante en el Calvario. «Si nada es eterno en el mundo (dice Juvenco) sino los hechos sublimes y el lauro de la virtud, y los cantos de los poetas que la celebran; si la fama de estos mismos cantores vivirá eterna, mientras los siglos vuelen, ¿qué gloria no ha de ser la mía que tomo por asunto las

acciones de Cristo, que dan eterna vida? Quizá estas páginas me salvarán del fuego eterno, cuando descienda el Sumo Juez en coruscante nube.... Asista á mis versos el Espíritu Santo, riéguelos con las puras aguas del Jordán, y concédame decir cosas dignas de Cristo:

Immortale nihil mundi compage tenetur,
 Non orbis, non regna hominum, non aurea Romae,
 Non mare, non tellus, non ignea sydera coeli.

 Sed tamen innumeros homines sublimia facta,
 Et virtutis honos in tempora longa frequentant:
 Accumulant quorum famam laudesque poetae.
 Hos celsi tantum Smyrnae de fonte fluentes,
 Illos Minciadae celebrat dulcedo Maronis,
 Nec minor ipsorum decurrit gloria vatium,
 Quae manet aeternae similis, dum secla volabunt.

 Quod si tam longam meruerunt carmina famam,
 Quae veterum gestis hominum mendacia nectunt,
 Nobis certa fides, aeterna in secula laudis
 Immortale decus tribuet, meritumque rependet.
 Nam mihi carmen erunt Christi vitalia gesta,
 hoc etenim forsán me subtrahet igni,
 Tunc cum flammivoma descendet nube coruscans
 Iudex altithroni genitoris gloria Christus.
 Ergo, age: sanctificus adsit mihi carminis auctor
 Spiritus, et puro mentem riget amne canentis
 Dulcis Jordanis, ut Christo digna loquamur ¹.

Juvenco escribía hacia el año 330 de la Era

¹ C. *Vetii Aquilini Iuvenca Historiae Evangelicae, libri IV; ejusdemque carmina dubia aut supposititia ad mss. cod. Vaticanos, aliosque recens. Faustinus Arevalus. Romae, 1792.*

cristiana. Poco más de doce años después, un Papa, también español, San Dámaso, daba nuevo impulso al arte cristiano, mandando cantar el Salterio en las horas canónicas, y enriqueciendo con mármoles é inscripciones las Catacumbas. Él fué el primero en celebrar en forma artística los triunfos de los confesores y de los mártires, abriendo el camino á la gran poesía de Prudencio. Por él empezó á correr, lenta y callada, en la Iglesia la vena de la poesía hebrea:

Nunc Damasi monitis aures praebete benignas:
 Sordibus depositis purgant penetralia cordis....
 Prophetam Christi sanctum cognoscere debes.

 Quisque sitit, veniat cupiens haurire fluenta,
 Invenient latices, servant qui dulcia mella ¹.

Recordaré, sólo de pasada, que Prudencio contra Simmaco (lib. II, v. 45 y sig.), después de haber dado una interpretación casi evhemerista á la mitología, atribuye no escasa influencia al arte y á la poesía clásica en los progresos idolátricos:

Sic unum sectantur iter, et inania rerum
 Somnia concipiunt et Homerus et acer Apelles.

Y quizá no será aventurado creer que el gnosticismo de los priscilianistas, idéntico en algún modo con el neo-platonismo, contribuyó á man-

¹ Las obras de San Dámaso pueden verse en el tomo XIII de la *Patrologia* de Migne.

tener vivas las antiguas tradiciones estéticas.

Hagamos también mención de Orosio, en cuyas manos, como en las de San Agustín, se transformó la historia con sentido universal y *providencialista*, transformación que, aunque se refiera sólo á la materia de la narración, influyó á la larga en la forma de este género semi-artístico, sacándole de los estrechos límites de la ciudad antigua, y dándole por héroe todo el género humano, mirado como una sola familia, ó más bien como un solo individuo, que se mueve libremente, para cumplir el fin providencial.

En otro concepto, y recogiendo cuidadosamente todos los hilos de tradición artística, sería injusto no estampar aquí el nombre del palentino Conancio, ordenador de la música eclesiástica, y autor de *muchas y nuevas melodías*, ensalzadas por San Isidoro en el libro *De viris illustribus*.

San Isidoro, en su libro de los *Oficios*, ha recogido curiosas noticias sobre el canto eclesiástico; y en su gran diccionario enciclopédico (*las Etimologías*) expone, siguiendo á Boecio, la doctrina de los antiguos acerca de la música, definiéndola «pericia de la modulación, consistente en sonido y canto.» Para San Isidoro, que acepta como Boecio el sentido pitagórico, no cabe disciplina perfecta sin música. El mundo mismo, y el cielo, están regidos por cierta armonía de números concordés. Toda palabra, toda pulsación de las venas obedece á algún ritmo musical. Encarece luego el poder de la música,

para mover y sosegar los afectos ¹, y la divide en tres partes: armonía, rítmica y métrica.

Boecio y Casiodoro han sido también las fuentes del Metropolitano hispalense, en aquella parte de su compilación que se refiere á la retórica y á la poesía, y que abarca los libros primero y segundo de las *Etimologías*. Así le vemos admitir un concepto de la retórica, que ya Quintiliano había rechazado por estrecho. La define, pues: «ciencia de bien decir en cuestiones civiles, para persuadir las cosas buenas y conformes á derecho.» En tres cosas hace consistir esta pericia oratoria: *naturaleza, doctrina y ejercicio*. Y la llama arte, porque «arte es todo lo que consta de reglas y preceptos y manifiesta alguna virtud llamada por los griegos *αρετη*. De cinco partes consta la artificiosa elocuencia: invención, disposición, elocución, memoria y pronunciación. *Imagen de la vida* han de ser las fábulas, según San Isidoro; y fueron imaginadas, ya por causa de

¹ *Etimolog.*, lib. II, cap. xv: *Musica est peritia modulationis, sono cantuque consistens, et dicta musica per derivationem a musis....* Cap. xvii: *Sine musica nulla disciplina potest esse perfecta; nihil enim est sine illa. Nam et ipse mundus quadam harmonia sonorum fertur esse compositus, et coelum ipsum sub harmoniae modulatione resolvitur. Musica movet affectus: provocat in diversum habitum sensus. In proeliis quoque tubae concentus pugnantes accendit, et quanto vehementior fuerit clangor tubarum, tanto fit fortior ad certamen animus. Siquidem et remiges cantu hortantur. Ad tolerandos quoque labores musica animum mulcet, et singulorum operum fatigationem modulatio vocis solatur. Excitios quoque animos musica sedat.... Sed et quidquid loquimur, vel intrinsecus venarum pulsitu commovemur, per musicos rhytmos harmoniae virtutibus probatur esse sociatus.*

deleite y recreación, ya para mostrar la naturaleza de las cosas, ya para interpretar y describir las costumbres humanas¹. En todo discurso ó ficción poética debe atenderse á la materia, al lugar, al tiempo y á la persona, no mezclando lo profano con lo religioso, ni lo inverecundo con lo casto, ni lo leve con lo grave, ni lo lascivo con lo serio, ni lo ridículo con lo triste².

Poco más hay que notar en este breve compendio de la técnica de los retóricos antiguos. Al hablar de la *ethopeia*, ó pintura moral de un personaje, San Isidoro nos enseña que debemos acomodar los afectos á la edad, al estudio, á la fortuna, á la alegría ó tristeza, al sexo, etc. Así, por ejemplo, cuando introduzcamos la persona de un pirata, serán sus discursos audaces, temerarios, abruptos; y de igual modo diferirán entre sí los de una mujer, un adolescente, un viejo, un soldado, un general, un parásito, un rústico y un filósofo³.

¹ Lib. I. *Fabulas poetae a fando nominaverunt quia non sunt res factae, sed tantum loquendo factae.... ut imago quaedam vitae hominum nosceretur.... Fabulas poetae quasdam delectandi causa finxerunt, quasdam ad naturam rerum, quasdam ad mores hominum interpretandi.*

² Lib. II, cap. XVI.

³ Lib. II, cap. XIV, *De ethopeia*. «*Ethopeiam vero illam vocamus in qua hominis personam fingimus; pro exprimentis affectibus aetatis, studii, fortunae, laetitia, sexus, moeroris, audaciae. Nam cum pirata persona suscipitur, audax, temeraria, abrupta erit oratio: cum feminae sermo simulatur, sexui convenire debet oratio: jam vero adolescentis et senis et militis, et imperatoris, et parasi, et rustici, et philosophi, diversa ratio gerenda est. In quo genere dictionis illa sunt maxime cogitanda; quis loquatur et apud quem et de quo, et ubi et quo tempore, quid egerit, quid acturus sit aut quid pati possit, si haec consulta neglexerit.*»

Entre las obras perdidas que San Isidoro aprovechó para su trabajo compilatorio, figuraban en preferente lugar las de Varron, de quien ya directamente, ya por mano de Casiodoro (según conjeturamos), hay muchos extractos en estos libros primeros de gramática y retórica: de allí tomó el Metropolitano hispalense la célebre comparación de la dialéctica y de la retórica con la mano abierta ó cerrada; comparación que generalmente se atribuye al patriarca de los estoicos⁴.

En cuanto á la distinción de los conceptos del arte y de la ciencia, San Isidoro propende, como Séneca, y como es tradición desde antiguo en la ciencia española, á la conciliación platónicoaristotélica, ó más bien á la interpretación platónica de las palabras de Aristóteles. Da, pues, por carácter de la ciencia lo universal y necesario (*quae aliter evenire non possunt*), y por materia del arte lo contingente (*quae aliter se habere possunt*), lo verosímil y lo opinable². «*Quando aliquid verisi-*

⁴ Lib. II, cap. XXIII: *De differentia dialecticae et rhetoricae*. «*Dialecticam vero et rhetoricam Varro in IX disciplinarum libris tali similitudine definiit: Dialectica et rhetorica est quod in manu hominis pugnus adstrictus et palma distensa, illa verba contrahens, ista distendens. Dialectica siquidem ad disserendas res acutior, rhetorica ad illa quae nititur docenda facundior. Illa ad scholas nonnunquam venit, ista jugiter procedit in forum. Illa requirit rarissimos studiosos, haec frequenter et populos.*»

² Cap. I, lib. I. *Inter artem et disciplinam Plato et Aristoteles differentiam esse voluerunt, etc. etc.* Todo este capítulo parece tomado de Casiodoro. Vid. el estudio de Dressel *De Isidori originum fontibus* (*Revista di Filologia*, 1873. meses de Octubre á Diciembre).

mile atque opinabile tractatur, nomen artishabet.»

En general, el tratado de Retórica no es en San Isidoro más que un breve y seco epítome de Quintiliano. Más curiosidad ofrecen los capítulos relativos á la poesía, para los cuales ha bebido el Santo en fuentes que hoy no tenemos, v. gr., en el libro de los *Prata* de Suetonio. De él ha tomado un curiosísimo pasaje sobre el origen semidivino de la poesía, consagrada en las sociedades primitivas á las alabanzas de los dioses, y considerada como una parte del culto ¹. Tiene por término la poesía la creación de cierta *forma* (*forma quaedam efficitur*) llamada *poema*, y poetas sus artífices, que también se llaman *vates*, por la fuerza de su ingenio (*a vi mentis*, según Varrón), y porque pronuncian oráculos y vaticinios, como arreatados de cierto furor sagrado (*vesania*).

San Isidoro, tan platónico en esto, y tan platónico y tan aristotélico juntamente en dar por

¹ Lib. viii, cap. vii. *De Poetis*. «Poetae unde sint dicti, sic ait Tranquillus: «Cum primum homines, exuta feritate, rationem vitae habere coepissent, seque ac Deos suos nosse, cultum modicum ac sermonem necessarium commenti sibi, utriusque magnificentiam ad religionem Deorum suorum excogitaverunt. Igitur ut templa illis domibus pulchriora, et simulacra corporibus ampliora faciebant, ita eloquio, etiam quasi augustiore, honorandos putaverunt, laudesque eorum, et verbis illustribus et jucundioribus numeris extulerunt.»

Es curiosa la etimología que San Isidoro da al nombre *musas*, en el mismo sentido que el verbo *trobar* de la Edad Media: «*Musae autem ἀπὸ τοῦ μῶσθαι, id est «a quaerendo», quod per eas, sicut antiqui voluerunt, vis carminum et vocis modulatio quaeretur.* (Lib. iii, cap. xv.)

campo de la poesía la imitación de lo universal *por medio de oblicuas figuras y con cierto decoro*, llega por este camino hasta negar á Lucano el título de poeta, «*porque parece que compuso historia y no poema.*» Y hasta cuando define la comedia y la tragedia «*espejo ó imagen de la verdad (ad veritatis imaginem fictae)*, se apresura á declarar que entiende esta imitación en sentido idealista, por donde la sátira y la comedia vienen á ser representación y censura de *lo general ó universal* de los vicios y defectos humanos (*generaliter vitia carpuntur.... universonum delicta corripunt*) La prerogativa del artista está, según San Isidoro, en convertir lo que realmente fué, en *otra especie ó forma nueva* (*ea quae vere gesta sunt, in alias species.... conversa transducat* ¹).

Las tradicionales definiciones de la comedia y de la tragedia toman en San Isidoro un carácter arqueológico, como de cosa ya pasada y que el autor sólo conocía por los libros ². Poetas trágicos son los que cantaban en luctuosos versos, ante el público espectador, las antiguas hazañas y los crímenes de los reyes. Poetas cómicos los que expresan con las palabras y con el gesto las acciones de hombres privados, y los estupros de las vírgenes, y los amores de las meretrices.

En San Isidoro reviven (quizá de un modo erudito, porque nunca hemos de olvidar que su libro es una colección de extractos) las acerbas execraciones de Tertuliano y de San Cipriano

¹ Lib. viii, cap. vii.

² Lib. xviii, cap. xlv.

contra los espectáculos del paganismo, que considera obra diabólica: «¿Qué relación puede tener el cristiano con la insania de los juegos circenses, ó con la deshonestidad del teatro, ó con la crueldad del anfiteatro, ó con la atrocidad de la arena, ó con la lujuria de los juegos? De Dios reniega quien á tales espectáculos asiste, y como prevaricador de la fe cristiana, vuelve á apetecer lo que renunció en las aguas bautismales, y á hacerse esclavo del demonio y de sus vanidades y pompas¹.

La doctrina de San Isidoro no tiene, en general, valor propio, sino el de los originales, donde el autor ha espigado para su obra inmensa. Así, v. gr., sabiendo que los *Morales* y las demás obras de San Gregorio el Magno (que constituyeron uno de los principales elementos de educación en la España visigoda), han sido la base de la suma teológica que San Isidoro llamó libro de las *Sentencias*, no admira encontrar en él, transcrita casi á la letra, una vehemente diatriba de aquel Papa contra los libros gentiles, de cuyas sentencias y noticias había sido tejida, no obstante, la compilación de las *Etimologías*². San Isidoro, ó sea San Gregorio el Magno por boca su-

¹ Lib. xviii, cap. lxx. «*Haec quippe spectacula crudelitatis et inspectio vanitatum non solum hominum vitii sed de daemonum jussis instituta sunt.*»

² Lib. iii, cap. xiii. *Sententiarum*. El método de enseñanza teológica por *sentencias* (primera sistematización de la Escolástica), se debe casi del todo á los Padres Españoles (San Isidoro, San Julián, Tajón, etc.), y es una de las mayores glorias de la llamada escuela de Sevilla.

ya, aconseja á los cristianos «no leer las ficciones de los poetas, para que con el atractivo de la fábula no se mueva el ánimo á liviandad. Porque, no sólo se hace sacrificio á los demonios ofreciendo incienso (añade), sino también oyendo gustosamente los decires que ellos inspiran. Hay quien desprecia las Sagradas Escrituras por lo humilde de su elocución, y prefiere deleitarse en las obras de los gentiles, cuyo estilo elegante engñosamente atrae. ¿Pero de qué sirve adelantar en las doctrinas mundanas, y olvidar las divinas, seguir caducas ficciones y hastiarse de los celestes misterios? Las palabras de los gentiles exteriormente brillan por la elocuencia; pero interiormente están vacías de virtud y sabiduría. Las palabras de los sagrados libros, aunque exteriormente desaliñadas, brillan con la interna luz de la sabiduría. La enseñanza divina tiene fulgor de sabiduría y de verdad, encerrado bajo tosca envoltura. En humilde estilo se compusieron los libros santos, para que no la elegancia de los vocablos, sino la manifestación del Espíritu, llevase á los hombres á la verdad. (I Corinth., ii, 4.) Porque si hubiesen sido tejidos con agudeza dialéctica ó exornados con las flores de la retórica, no habría parecido que la fe de Cristo se fundaba en la virtud de Dios, sino en los argumentos de la elocuencia humana.... Toda la doctrina del siglo, resonante en palabras espumosas y túrgidas, queda vencida por la doctrina sencilla y humilde de Cristo, porque *Dios hizo necia la sabiduría de este mun-*

do. Á los fastidiosos y locuaces paréceles indigna la sencillez de las Sagradas Escrituras, comparada con la elocuencia de los gentiles. Pero si con ánimo humilde considerasen los misterios, advertirían cuán excelsas son las cosas que desprecian. En la lección no hemos de amar las palabras, sino la verdad, porque muchas veces es verídica la sencillez, y compuesta y adornada la falsedad, que atrae al hombre con el cebo de los errores, y le enreda en dulces lazos con el ornamento de las palabras. No hace otra cosa el amor de la mundana sabiduría sino engreír al hombre, y cuanto mayor fuere su literatura, tanto más crecerá la arrogancia de su ánimo. Por eso se canta en los Salmos: *Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini* (Salmo LXX, 15). Huyamos, pues, de los afeites del arte gramatical, porque engendra en los hombres perniciosa altivez. Con todo eso, peores son los herejes que los gramáticos, porque los primeros propinan á los hombres el jugo letal, al paso que la doctrina de los segundos puede aprovechar para la vida humana, siempre que se aplique á rectos usos.»

Á este pasaje, que hubiera regocijado al abate Gaume, y que, entendido en términos literales, llevaría consigo la absoluta condenación, no ya del arte antiguo, sino de todo arte, plácese oponer esta otra sentencia de San Isidoro en sus *Cuestiones sobre el Exodo*¹. Es, por decirlo

¹ Cap. XVI.

así, la síntesis de la famosa homilía de San Basilio sobre la utilidad que puede sacarse de los antiguos: «¿Qué prefiguraron los israelitas al llevarse el oro y la plata, y las vestiduras de los egipcios, sino el estudio que hemos de poner en las obras de los gentiles y la utilidad que podemos sacar de ellas?»

Como la ciencia de San Isidoro es compilatoria, y, por decirlo así, de *detritus* y de residuos, no es difícil encontrar proposiciones contrarias (como que proceden de diversas fuentes), en el cúmulo de apuntes que iba recogiendo en sus numerosas lecturas. La doctrina de la belleza que expone en el primer libro de las *Sentencias* está tomada casi literalmente de San Agustín. Enseñanos, pues, San Isidoro¹, que por la belleza de las criaturas ascendemos al conocimiento de la belleza del Criador, rastreando por lo corpóreo lo incorpóreo, y por lo pequeño lo grande, y por lo visible lo invisible, aunque la hermosura de las cosas creadas no tenga paridad con la de su

¹ *Sentent.*, lib. I, cap. IV. *Quod ex creaturae pulchritudine agnoscatur Creator*, cap. VIII. *De Mundo*, cap. XII. *De anima*. Es doctrina de San Agustín, lib. II, cap. VII. *De libero arbitrio*, y de San Gregorio el Magno, lib. XXVI, cap. VIII de sus *Morales*. Transcribo las mismas palabras de San Isidoro, que compendia con su genial lucidez esta doctrina: «*Ex pulchritudine circumscriptae creaturae, pulchritudinem suam quae circumscribi nequit, facit Deus intelligi, ut ipsis vestigiis revertatur homo ad Deum, quibus aversus est, ut qui per amorem pulchritudinis creaturae, a Creatoris forma se abstulit, rursus per creaturae decorem ad creatoris revertatur pulchritudinem.*»

Hacedor, sino que pertenece á una inferior y subordinada especie de bien (*ex quadam subditia et creata specie boni*). Así como el arte redonda en gloria del artífice, así el Creador es glorificado por sus criaturas, y la misma condición de sus obras manifiesta su excelencia. Por la belleza circunscrita de la criatura nos da Dios á entender su belleza que no puede circunscribirse, para que vuelva el hombre á Dios por los mismos vestigios por donde se apartó de él, de tal suerte, que á quien por amor á la belleza de la criatura se apartó de la *forma* del Creador, le sirva la misma hermosura terrenal para elevarse de nuevo á la hermosura divina.»

San Isidoro distingue con extraordinaria claridad lo útil y lo bello (*pulchrum—aptum*), dando por nota específica de la belleza el *ser para sí misma* (*sibimet*), es decir, el tener su finalidad propia é intrínseca, y no tenerla fuera de sí, como lo útil ¹, que implica siempre relación á otra cosa.

En el lib. x de las *Etimologías*, que viene á ser un vocabulario, San Isidoro ha definido dos términos de estética, el *bonus* y el *pulcher*, que para él son idénticos, puesto que supone que la pala-

¹ *Decor, elementum omnium, in pulchro et apto consistit, sed pulchrum est quod se-ipsam est pulchrum, ut homo ex anima et membris omnibus constans. Aptum vero est, ut vestimentum et victus. Ideoque hominem dici pulchrum ad se, quia non vestimento et victui est homo necessarius, sed ista homini: ideo autem illa apta, quia non sibi, sicut homo, pulchra, aut ad se aut ad aliud, id est, ad hominem accommodata, non sibimet necessaria. (Sent., libro 1, cap. viii.)*

bra *bueno* fué en su origen sinónimo de hermosura corporal (*venustas*), y que luego por traslación se aplicó á la virtud, que es la hermosura del alma. De hermosura corpórea señala seis distintos grados, que declara con versos de Virgilio: belleza del semblante, de los cabellos, de los ojos, del color, de las líneas y de la estatura.

No me atrevo á afirmar que pertenezcan á San Isidoro, ni siquiera á la escuela española, los dísticos, por otra parte no inelegantes, que se supone que el Metropolitano hispalense puso en las *thecae* ó cajas que guardaban sus libros. Desde luego, estos versos no figuran en el catálogo de San Braulio. Pero sean de quien fueren, son muestra curiosa y antigua de crítica literaria, y predomina en ellos el sentido que pudiéramos llamar *gregoriano*, de excluir y proscribir el arte antiguo:

Desine gentilibus, ergo, inservire poetis

.....
Has, rogo, mente tua, juvenis, mandare memento:

Cantica sunt nimium falsi haec meliora Maronis:

Auribus ille tuis male frivola falsa sonabit ¹.

El espíritu y la tradición del saber de San Isidoro, persiste en todos los Padres cesarugustanos y toledanos, que siguen las huellas de la muy impropriamente llamada escuela de Sevilla. Tajón ordena, como él, en suma teológica, algo

¹ Apenas es necesario advertir que para San Isidoro sigo constantemente la edición del P. Arévalo (Roma, 1797-1803).

más extensa y metódica que los libros de *las Sentencias*, las joyas esparcidas en San Gregorio el Magno, San Agustín y otros Padres. Y lo mismo San Ildefonso, bajo cuya pluma encontramos el primer monumento literario, exclusivamente consagrado entre nosotros á la devoción de Nuestra Señora: el libro *De perpetua virginitate*, donde está compendiada en breves frases, y sin que el autor se lo propusiera, la excelencia estética del tipo de la Virgen Madre ¹.

De la escuela isidoriana trasplantada gloriosamente á las Galias en tiempo de la dominación carolingia, fué principal ornamento el español Teodulfo, obispo de Orleans, el primero, si no el único, poeta de la corte de Carlomagno. Pero Teodulfo se distingue entre todos los isidorianos, aun comprendido el maestro, por su amor á la antigüedad clásica. Virgilio y Ovidio, con el comentador y gramático Donato, hacían sus delicias, y hasta salvaba los pasajes escabrosos con la teoría alegórica y del sentido esotérico, considerando la poesía como una *fermosa cobertura* que encubre útiles verdades: idea tantas veces reproducida en la Edad Media, y que puede considerarse como una de las bases de la poética de entonces:

*In quorum dictis, quanquam sint frívola multa,
Plurima sub falso tegmine vera latent.*

¹ *Non matrem virginitatis deserit «decuss», non virginem maternus impedit partus: at virginem nobilitat foetus, et matrem habet pudor virgineus.*

Así en el *Carmen I* del libro iv ¹ hace la exposición alegórica de los atributos del amor. En otra poesía consagrada á las alabanzas de las artes liberales ² sigue al pie de la letra la enseñanza de las *Etimologías*. Pero no hay composición suya más importante para nuestro propósito que el *Carmen III* del libro iv, que contiene la descripción enteramente clásica, y para aquella edad muy elegante, de una estatua de la Tierra, que el docto Obispo aurelianense había mandado labrar á ignorado escultor, dándole el asunto de ella. Representaba una mujer amamantando un niño, y llevando en la mano una cesta llena de flores; en la cabeza, una torre; en la mano, una llave, címbalos y armas. Á sus pies, humillados, gallos, bueyes y leones. Cerca de ella, un gran carro de ruedas circulares. Teodulfo va explicando la significación alegórica de todos estos atributos, y la composición no parece mero juego de ingenio, sino descripción de un objeto artístico que tuvo existencia, á lo menos en proyecto, el cual basta para marcar en Teodulfo una inclinación muy decidida á otro arte de carácter más clásico que el latino bizantino dominante en España.

¹ Cito por la ed. de Sirmond. (*Opera Varia*, tomo II.)

² Es el *Carmen II* del libro iv.

